

# moral integral

(I)

El proceso histórico de la enseñanza de la moral, espoleado principalmente por una preocupación pedagógica, nos entrega hoy una moral mutilada. Para una mayor claridad escolástica, se ha ido amputando a la moral una serie de elementos que le dan fuerza y vitalidad: el fundamento dogmático, la energía bíblica espontánea y fresca, el horizonte positivo de la ascética y mística, y la proyección antropológica en la ética humana.

Nos encontramos con una moral muy clara, muy racional y lógica, que penetra hasta los últimos detalles y casos más complicados. Pero una moral sin garra.

Siguiendo el camino abierto por teólogos actuales hacia una moral personalística y bíblica, voy a intentar esbozar líneas fundamentales de una "moral integral", es decir, de una moral rejuvenecida y robustecida por una serie de fuerzas vitales, que integra y da nueva proyección.

Presento primeramente un concepto de moral enriquecido por la ética moderna. Para poder hacer con él un trabajo de integración de los elementos dogmáticos y bíblicos.

## I. Concepto de moral

Hay que partir de una antropología personal, que abarque toda la complejidad del hombre desde el núcleo íntimo de su persona.

Con un punto de vista dinámico, ya que el hombre no es un ser estático, sino un ser que se hace en el tiempo a través de su experiencia y acción.

### a) La realidad moral

En la experiencia concreta existencial descubre el hombre las coordenadas en las que se halla enclavado como hombre, y que dan el sentido más profundo a su existencia.

*L. M. Farré*

Al volver un muchacho de extralimitarse con su "novia", ve de repente la trascendencia de su acción: ha destruido algo valioso, y se encuentra a sí mismo herido en lo más profundo por un latigazo que lo ha marcado con una señal vergonzosa y despreciable. Por el contrario, si hubiera respetado a su novia se sentiría robustecido con un nuevo vigor personal, ennoblecido.

Es la experiencia del *valor moral*, que exige ser realizado a través de la acción, y cuya realización dignifica, ennoblece, da fuerza a la intimidad del hombre, frente a sí mismo y frente a los demás. Y cuya destrucción significa destrozarse, envilecer, debilitar esa intimidad.

La exigencia del valor moral es absoluta, sin condiciones, sin excusas.

En la experiencia del valor moral se revela la *persona*. La realización de un valor me ennoblece y dignifica como persona, y el pisotearlo me destruye como persona. El valor moral está íntimamente unido con la dignidad de la persona. Y es a través de él como se manifiesta esa dignidad intransferible, invulnerable, a la que únicamente yo puedo y debo defender y enriquecer con mi acción.

Y toda la malicia o valor de una acción consiste en que viola o respeta la dignidad de una persona, que puedo ser yo mismo, u otro.

En último término la nobleza de una persona se fundamenta en Dios, supremo valor y dignidad personal, que comunica a los hombres de alguna forma su dignidad al hacerlos a su imagen y semejanza, es decir, al darles un ser espiritual, al hacerlos personas. Y la moral positiva divina (los mandamientos) es la confirmación de esa exigencia absoluta que el hombre descubre en la experiencia moral, y a la que Dios obliga con toda seriedad bajo pena de castigo eterno.

Cualquier hombre desde el momento en que comienza a existir, desde su

concepción en el seno materno, posee ya la soberana dignidad de ser una persona; debe ser respetado por encima de todo. Pero el hecho de que la realización del valor a través de una acción le comunique una nueva nobleza, una nueva riqueza humana, un nuevo vigor, revela que el hombre se está haciendo, está en desarrollo hacia una plenitud humana personal. Posee él un conjunto de fuerzas y posibilidades en germen, con una tendencia trascendente, la moralidad o realización del valor, que le conduce a su desarrollo completo y perfecto: la *personalidad*. La persona es el "yo" profundo del hombre lanzado hacia su plenitud, cuya meta será su personalidad ideal, original y exclusiva, totalmente individual y única.

## b) Actitudes morales

Descubierta la realidad moral en la que el hombre se halla injertado, debe él tomar su posición frente a ella, su "actitud" o postura dinámica.

### 1.<sup>a</sup> Actitud: conquista de la libertad.

El valor moral exige ser realizado; la situación concreta lanza al hombre a una decisión forzosa: aceptar o rechazar el valor. Pero el hombre vive en un caos de fuerzas y tensiones que le alienan e impiden decidir libremente. "La libertad se encuentra cautiva y debe ser rescatada... el problema de la personalización es el problema de la libertad" (1).

El hombre debe enraizarse en el caos existencial en el que se halla sepultado; integrar, asimilar todas las fuerzas que ahora le esclavizan, hasta brotar a la luz del día, hasta llegar a horizonte libre de su soberanía personal.

---

(1) MOURoux, *Sentido cristiano del hombre*, pág. 140.

Las fuerzas que alienan al hombre son internas y externas: pasiones, tendencias naturales, herencias psicológicas..., prejuicios ambientales, herencias culturales, presiones sociales, incluso a veces enfermedades, durezas del clima... Se debe abrir una lucha ininterrumpida hasta lograr asimilar todas estas fuerzas orientándolas hacia la construcción de la personalidad. En algunos casos, ante la imposibilidad, se deberá acomodar el camino a los obstáculos orográficos del suelo.

Concebir la libertad simplemente como posibilidad de hacer o no hacer el bien, es ver al hombre de una forma muy teórica y abstracta. La visión concreta de la realidad humana nos presenta un hombre esclavo; que debe recorrer el largo y penoso camino de su liberación personal. "La libertad no es la posibilidad de decir sí o no, sino la fuerza que abre camino a la personalidad humana y le ayuda a convertirse en sí mismo y a realizarse a sí mismo" (2). "La libertad no puede consistir en una indiferencia negativa..., sino en una propia determinación de la voluntad, una autonomía de la voluntad" (3). Häring en la Ley de Cristo llama a la libertad "facultad de obrar el bien", y su indiferencia frente al mal, se debe a su limitación; en cambio como fuerza para el bien procede de Dios, fuente de la libertad.

El camino hacia la libertad es la realización concreta del valor moral. Cada acción moralmente buena es una victoria de la voluntad, que da nuevo vigor a su libertad. Cada acción moralmente mala es una derrota, en la que la libertad queda debilitada. "En cada tarea (acción moral) se extiende la fuerza de la libertad, el hombre crece hacia arriba..." (4).

Para S. Pablo sería la conquista de la libertad personal, pasar de la esclavitud del pecado a la libertad del espíritu. Esto exige una tarea humana, pero en sí es obra exclusiva de la muerte y resurrección de Cristo operando en nosotros. Es conveniente apuntar aquí esa realidad sobrenatural, para no caer en el falso optimismo de los que defienden una moral atea.

## 2.<sup>a</sup> *Actitud: Creación de la personalidad.*

El desarrollo de la personalidad es una creación, porque es la expresión de una idea original, como la creación artística. En esa tarea el "yo" debe ser el artista que utiliza sus fuerzas y potencias naturales, situaciones y posibilidades en el mundo, como colores, luz, espacio... para crear su obra de arte, su personalidad. Para Krautwig la personalidad es la imagen esencial del hombre, y en ella deben enraizarse todas las tareas humanas, y a través de ella encontrar dirección y valor.

"Es el hombre un ser con vocación divina, a la cual debe responder. Su más profunda realidad es ser llamado, es decir colocado en la existencia, no precisamente para permanecer, sino para perfeccionarse por sí mismo..., no es ley abstracta y anónima, sino invitación del Dios personal" (5). La personalidad como meta e ideal, es el destino que Dios ha dado al hombre. Destino personal, porque cada hombre tiene su personalidad ideal, a la que está llamado por Dios, que debe descubrir y realizar por sí mismo.

Para hacer el plan de desarrollo de la personalidad es necesario conocer las posibilidades, limitaciones, fuerzas y circunstancias en las que el hombre se mueve: conocimiento claro y profundo del mundo y de la vida. Es imposible de golpe; bastan para comenzar

(2) N. KRAUTWIG, *Die Christliche Lebensaufgabe*, Z. f. Asz. und Mys. 18 (1943) 1.

(3) N. HARTMANN, *Ethik*, pág. 645.

(4) N. KRAUTWIG, id.

(5) J. MOUROUX, *l. c.* pág. 124.

las líneas fundamentales, en ruta se irán completando y perfilando.

El hombre, como ciudadano del mundo ideal de los valores morales, debe estar abierto a ellos, irlos captando para penetrar en su horizonte espiritual infinito. Cuanto mayor y más intensa la vivencia de valores, podrá diseñar una personalidad más densa, más noble.

Arquitecto de sí mismo, el hombre debe poseer un conocimiento técnico de su realidad, y una aducción estética de los valores.

En el proyecto deben respetarse las leyes universales. Son como las leyes físicas de resistencia de materiales en arquitectura. Se apoyan en la naturaleza humana común a todos los hombres. Las leyes generales expresan las obligaciones morales mínimas. Ellas no bastan, al no ser capaces de levantar una personalidad pletórica y original, pero son necesarias, para no caer en una ilusión subjetiva y exponerse a un derrumbamiento en el momento menos pensado. "De même que... celui qui s'élève au-dessus de l'intelligence sans passer par elle risque de tomber au-dessous, aussi celui qui veut s'élever au-dessus de la loi sans passer par elle risque de tomber au-dessous" (LACROIX).

Una ascética puramente espiritualista puede llevar consigo el peligro de concebir un santo, con muchas virtudes sobrenaturales, pero a veces en contraposición con una personalidad humana deforme, rara, inmadura: una humildad que anule toda iniciativa y espíritu de lucha por la vida; una obediencia que sea incapacidad humana para decidir y comprometerse personalmente...

Por el contrario los movimientos juveniles modernos al insistir en las virtudes humanas, honor personal, coraje, actitud de servicio puramente filantrópica, fácilmente conducen a un

mundo ideal basado en una pura ilusión o sentimiento, sin tener su consistencia y verdad en un cristianismo sincero. Y en el primer momento de desencanto se derrumba.

Es necesario saber encarnar los valores sobrenaturales o espirituales en los naturales o psicológicos; encarnar el amor al prójimo en una simpatía humana sencilla y abierta a todos con una noble actitud de servicio. Según el viejo adagio escolástico: "La gracia no suprime la naturaleza, sino que la perfecciona".

Como punto final de la creación de la personalidad, insisto en la individualidad y originalidad personal. "Cada hombre es un pensamiento de Dios único, ninguno es igual a otro, ninguno repite a otro y ninguno es el hombre simplemente, un hombre abstracto, sino que cada uno es este único irrepetible que hasta en las sencillas líneas de su mano y en las arrugas misteriosas de su corazón es él mismo. Sólo en mí brilla este determinado pensamiento de Dios, que es el más profundo misterio de mi ser" (7). Ser fiel a sí mismo, a su situación concreta, sus gustos, su visión personal del mundo, su destino y vocación en la vida. Sin alienarse en una imitación servil.

### 3.<sup>a</sup> Actitud: apertura al amor.

La tarea constante en la creación de la personalidad va enriqueciendo la intimidad personal del hombre. Muchas veces estriba el esfuerzo en desarrollo de cualidades físicas o psicológicas, en sí sin sentido moral, pero que pueden tenerlo cuando se conciben como encarnación de un valor moral (virtud) o como desarrollo personal completo, el supremo valor para la persona.

---

(7) N. KRAUTWIG, l. c.

Pero la persona no es sólo inmanencia, mundo íntimo, cerrado en sí mismo, como mónada solitaria. Posee también una tendencia trascendente: abrirse camino hacia otros mundos distintos al suyo propio. Y precisamente en esa trascendencia llega a alcanzar la máxima vitalidad, desarrollo y nobleza personal, sublimándose en una nueva forma de vivir.

Un padre le dice a su hijo, joven de 17 años: "creo que ya eres capaz de encargarte tú de mi negocio. Reflexiona, decide por tí mismo, confío plenamente en tí". Palabras sencillas que contienen un mensaje intransferible, con una fuerza capaz de transformar a dos personas.

Un sentimiento fuerte brota del fondo del joven e inunda todo su ser: no es un sentimiento vacío, contiene una realidad densa: su padre le reconoce como persona, responsable y capaz. Reconocimiento sincero; le confía una gran responsabilidad. Sus palabras han sido una revelación, se ha descubierto a sí mismo reflejado en ellas, y se siente responsable y capaz con una gran seguridad en sí mismo. Libremente brota la respuesta: "voy a intentar no defraudar tus esperanzas". Respuesta que es gratitud y entrega.

Saltó la chispa de un encuentro inter-personal, entre un "yo" y un "tú". "yo" del joven que recibe la apertura de un "tú", y responde abriéndose a él. Ha penetrado en un horizonte infinitamente hermoso pasando por el mundo personal del "tú". Ha salido de su soledad monolítica, donde iba a atrofiarse; se siente respaldado, fortalecido por el "tú", y se dispone a orientar hacia él su intimidad. Diálogo que será el comienzo de una relación intersubjetiva. Encuentro, mutua presencia transespacial y transtemporal, en la nitidez tersa de su libertad y originalidad, a través de la palabra pronunciada por el ser entero.

Se consigue la trascendencia al reconocer al "tú" y dirigirse a él a tra-

vés de la palabra y recibir de él respuesta; o al ser reconocido por el "tú", ser llamado por él y responderle. Es el diálogo personal el que permite la trascendencia del "yo" hacia el "tú".

"En otra persona llega el hombre a sí mismo, despierta a la libre realización de sí mismo" (8). Es necesaria la trascendencia, salir de sí mismo, para llegar a poseer la plenitud de su intimidad. "El destino del espíritu es esta esencia dialéctica: poder llegar a ser yo uno mismo al salir de mí mismo y mediante la unión con otro" (9). El "yo" intensifica su vida, recibe una nueva forma de existir más transparente a sí mismo, al entrar en contacto por el diálogo con otra persona.

Sin embargo debe existir un equilibrio entre inmanencia, posesión de sí, y la trascendencia, apertura al otro. "Fidelidad a sí mismo y responsabilidad de sí mismo son indispensables para salvaguardar la relación personal al "tú" (10). Una exagerada trascendencia puede destruir la posesión de sí. "Y negar la apertura al otro hace pobre y vacío al "yo". Será obra de la libertad, pero de una libertad para la muerte en la destrucción de sus fuerzas más nobles" (11).

Langemeyer concluye con la siguiente norma entre trascendencia e inmanencia: "sin trascendencia no hay experiencia de los límites del propio ser, no hay conciencia de sí mismo, ni posesión de sí; sin posesión de

---

(8) STEINBUCHSEL, *Religion und Moral im Lichte personaler christlicher existenz*, pág. 234.

(9) LANGEMEYER, *Der dialogische Personalismus*, pág. 200.

(10) LANGEMEYER, *Das dialogische Denken und seine Bedeutung für die Theologie, Catholica* 17 (1963) 308.

(11) STEINBUCHSEL, *Die philosophische Grundlegung der katholischen Sittenlehre*, tomo 1, pág. 280.

sí no hay libre entrega, relación personal a otro" (12).

El hombre debe romper el capullo en el que se halla aprisionado, para que se dé en él la metamorfosis definitiva, la plenitud espiritual. En su escondite encarcelado por el egoísmo, no sobrepasa la esfera de lo biológico y psicológico; su inteligencia soñará fantasmagorías, pero no llegará nunca a experimentar la verdadera existencia espiritual que se despierta en la apertura al diálogo inter-personal.

Existen varios grados de diálogo. El ínfimo, seriamente obligatorio, exigido por Dios, es el respeto a las leyes que salvaguardan los derechos del "tú" y se incluyen en los mandamientos.

A partir de ese primer eslabón puede la persona ir ascendiendo: aceptación plena del "tú", reconocimiento de sus valores personales, aprecio y estima, confianza... hasta llegar al supremo grado, el amor.

Amor es el total reconocimiento, plena aceptación, entrega al "tú". "Posición subjetiva que se refiere al otro en su realidad y se entrega a él... Sólo cuando hay amor de persona a persona, el reconocimiento a través de la palabra... es un reconocimiento de la realidad personal" (13).

El que ama acepta con todo su ser la realidad personal del "tú", su intimidad, descubre sus valores y los admite con toda su posibilidad ideal al pleno desarrollo, y entrega su "yo" en plena disponibilidad al servicio de ese desarrollo del "tú", sin destruir su libertad. El amor en el "yo" es plenitud, seguridad existencial, transparencia, sublimación de su intimidad al ponerla al servicio del "tú".

En la auténtica vivencia del amor el "yo" penetra en un horizonte eterno e infinito. Se ama algo más hondo que la persona concreta, limitada, del "tú". Ebner afirma que es al "Tú" divino a quien se ama en el hombre. Un amor que ame al hombre sólo en su humanidad finita, divisa la eternidad y espiritualidad en lo personal del hombre" (14). Se da un espejismo en la persona del "tú": pues al amar, o se ama a Dios en el "tú", o se hace Dios al "tú". "Si se excluye la relación "yo"-tú" a Dios, en el amor entre los hombres, no tendría el hombre posibilidad de amar personalmente a otro hombre. Pues lo que le da posibilidad de salir de sí mismo y entregarse a otra persona, es la relación esencialmente unida a su personalidad, relación "yo"-tú" hacia Dios" (15). El hombre posee la tendencia al infinito, al absoluto, apertura por el amor a Dios. Es esa tendencia la que le da la posibilidad de amar a otra persona, pero al amar a otra persona en el fondo es a Dios a quien ama, pues el "tú" se identifica con el "Tú" de Dios.

Steinbüchel corrige a Ebner: se puede amar auténticamente al hombre, su realidad existencial, no sólo al "Tú" divino en él; pero se ama a un "tú", llamado a la existencia por Dios, y que ha recibido de El la vocación a su pleno desarrollo personal.

Hay que tener presente que la existencia personal del hombre, incluso en su inmanencia es diálogo personal con Dios. Fidelidad a sí, responsabilidad de sí mismo, en el fondo es fidelidad a Dios; el "yo" no se ha hecho a sí mismo, sino que ha recibido el ser, ha sido llamado a la existencia por Dios, a una existencia de plenitud personal confiada por Dios al "yo". Y responde el "yo" a esa llamada de Dios su Crea-

(12) LANCMEYER, *Der dialogische Personalismus*, pág. 199.

(13) LANGEMEYER, *Der dialogische Personalismus*, pág. 72.

(14) F. EBNER, *Wort und Liebe*, pág. 146.

(15) LANGEMEYER, l. c. pág. 74.

dor, cuando se perfecciona a sí mismo, cuando se mantiene fiel a sí mismo, y a la tendencia íntima de su ser a la plenitud.

Por consiguiente amar a otro, y entregarse para ayudarle en su desarrollo personal, es amar al "Tú" divino, que le llama a la plenitud.

Toda la conducta del hombre consigo o con los otros es un diálogo con Dios. En cada situación concreta se

siente el "yo" apelado por Dios, y debe responder sí o no. Toda la moral puede concebirse, pues, como un diálogo personal; lo que está más lejos del verdadero sentido de la moral es el categórico impersonal de Kant.

A lo largo del análisis personal del hombre he elaborado el concepto de moral. Deberá ser completado por la Revelación, que lo sublimará elevándolo a un nivel sobrenatural.

